

843

5

P02235

. D6

C5



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

CAPITULO I

Apagábanse rápidamente las luces en la iglesia de San Sergio, en San Petersburgo, y los últimos invitados á la boda no habían aún montado en sus carruajes; pero nada desaparece tan pronto como estas iluminaciones de encargo; diríase que sacristanes y bedeles tratan de haceros notar cuán fugitivas son las alegrías del matrimonio.

Ya estaban léjos los recién casados; habiéndose ido los primeros al trote de sus caballos en la carroza nupcial, habían dejado

á la espalda á todo el cortejo. Segun costumbre, fueren recibidos á la puerta de la señorial morada por la dama distinguida que desempeñaba en esta circunstancia el papel de "madre de honor." Acompañada de su sobrino, mocito de diez años, que vestía una icona suntuosamente guarnecida de oro y pedrería, les dió á los nuevos esposos la indispensable bendición, y les ofreció sobre una bandeja de oro el pan y la sal, emblemas de la prosperidad; luego los héroes de la fiesta entraron en sus habitaciones, y durante sesenta segundos el príncipe Charamirof pudo contemplar á su jóven esposa.

Era, en verdad, muy jóven, rubia, delgada, linda, y en una palabra, parecia nacida para ser festejada.

—¡Al fin, Irene, ya eres mía! dijo el afortunado marido.

La linda esposa sonrió dichosa á par de tímida. Ya en el carruaje que los habia traído á su casa, el esposo la habia dicho mil cosas tiernas y turbadoras; pero aquí, en el hogar propio... ¿era cierto que estaban en el hogar de ambos? Ella se sonrojó hasta la punta de sus menuditas orejas; más ántes que hubiera podido responder, se oyó ya en

el vestibulo el roce de las faldas de seda y el sonido de las espuelas de los oficiales. Los recién casados se presentaron en la puerta del primer salon y recibieron á sus invitados.

Era una noble mansion, digna del nombre histórico que llevaba; los Charamirof pertenecian á la antigua nobleza y poseian tambien una antigua fortuna. ¿Por qué causa el último miembro de la raza se habia enamorado de una muchacha sin un cuarto, linda, sin duda, pero torpe y provinciana, salida apenas del Instituto de señoritas nobles de Kazan? ¡Si á lo menos se hubiera educado en San Petersburgo! Pero no señor; se habia criado en una provincia, y ¿en qué provincia! en la provincia más vieja, y además el despreocupado Charamirof ¡pues no habia aprovechado la amistad que le dispensaba el gran duque Boris, de quien era ayudante de campo, para solicitar que la hermana de su nueva esposa, la bella Cleopatra, fuese nombrada inmediatamente dama de honor de la Emperatriz! ¡Y lo habia obtenido! ¡Hay gentes que no dudan de nada!

—Precisamente porque no dudan de nada obtienen todo—dijo una voz tartajosa de

trás de la condesa Baroussief, que era quien acababa de pensar en alta voz, subiendo las gradas de la escalera.

La condesa se volvió: era su antiguo enemigo Tredine, el que subía detrás de ella. La dama alzó ligeramente los hombros, no teniendo por costumbre alentar las familiaridades, y la ola lujosa, relumbrante, de las vistosas faldas de seda, de los inestimables encajes, salpicada de agujetas, rociada de brillantes, que relampagueaban, ya en el pecho de los hombros, ya en la cabeza de las mujeres, esa ola de amigos que escolta toda boda, entró en los salones iluminados y tapizados de flores raras.

Palabras, saludos, sonrisas, burlas discretas ó impúdicas, frases de una exquisita galantería, insolencias provocadoras de bofetones, todo esto anegado en una cortesía oficial y dicho en tono humorístico, en tono tal que no se sabe dónde concluyó el cumplimento y dónde comienza la sátira; en suma, el acompañamiento ordinario de una reunión numerosa y brillante en un salón puesto en moda en San Petersburgo, en el reinado del emperador Nicolás; tal fué la recepción de boda del príncipe Oharamirof.

El gran duque Boris hizo una breve aparición y se retiró en seguida; unos aprobaron su conducta, otros la criticaron, y una hora despues de su salida, la suntuosa mansión se encontraba desierta. Solamente la señora Bakhtof y su sobrina Cleopatra, se habian quedado con la nueva princesa.

—¡Gracias, tía! dijo ésta quitándose los guantes; nos ha servido usted de madre desde que Pacha y yo quedamos huérfanas, le doy las gracias desde el fondo de mi corazón. Esté usted segura que no lo olvidaré! —

La señora Bakhtof miró á su sobrina con alguna sorpresa. Este tono desembarazado era muy diferente de la ordinaria dulzura de la joven.

—Y tú, Pacha, sabes, tendrás siempre una habitacion en nuestra casa; cuando volviaje de novios, si quieres pasar aquí un mes, estoy segura que se alegrará el príncipe, y yo por de contado.

Cleopatra no se sorprendió como su tia, sino que respondió con un movimiento de cabeza, á lo ménos tan áltivo como las palabras que acababa de escuchar.

—¡Querida cuñada! dijo el príncipe que volvía despues de haber acompañado al últi-

mo de sus invitados, no tengo necesidad de recordarte que esta casa es tuya, y que soy el más devoto de tus servidores.

—Yo te lo agradezco, príncipe, dijo, Cleopatra, cuyo hermoso rostro se cubrió de rubor á estas palabras, semejantes, en el fondo, al de su hermana, aunque diferente en la forma.

—¿Príncipe? No; dime hermano, querida hermana. ¿Se va usted, tía?

—¿Que Dios os bendiga, hijos míos! dijo la señora Bakhtof conmovida.

—Gracias querida tía, respondieron al mismo tiempo los recién casados.

Cambiaron un beso las dos hermanas; el príncipe depositó galantemente uno, primero, sobre la mano de la tía, otro, despues, sobre la de Cleopatra; en seguida las dos se dirigieron hácia la escalera. Una última ojeada que echaron atrás, las permitió ver á los esposos: con un brazo rodeado el talle de su mujer, el príncipe se la llevaba dulcemente por medio de los salones hasta las habitaciones interiores, situadas en un extremo de la vasta morada.

La señora Bakhtof lanzó un suspiro. Ella también habia sido amada en su juventud;

el día de su boda fué para ella un florecimiento completo, una alegría divina, compartida, tanto como le habia sido posible con sus parientes y amigos..... Ahora, por lo visto, eran otras las costumbres; no estaba quizás de moda ser tierna y buena cuando es una dichosa. El carruaje del príncipe la condujo á su casa, lo mismo que á Cleopatra, quien, esperando el regreso del viaje de boda, debia continuar viviendo con su tía.

Cuando los vivarachos caballos llegaron á la puerta de la correcta casa, en cuyo tercer piso habitaban aquellas damas, la bondadosa tía dijo á su sobrina:

—Espero, Cleopatra, que pronto harás una boda tan ventajosa como la de tu hermana. Entonces podré morir en paz.

—No se cuide usted de eso, tía, respondió la hermosa jóven.

falta de tiempo; tenia por consiguiente la dama el derecho, despues de cada ceremonia nupcial, de reavivar sus recuerdos con un poco de melancolía.

Cleopatra habia entrado en la vasta pieza, que desde hacia seis meses próximamente habia compartido con su hermana, y que desde ahora habitaria sola.

Eran una habitacion grande, recibiendo la luz de dos ventanas, protegidas por cortinas de muselina blanca, feas, por otra parte y perfectamente inútiles; pero las costumbres de la época eran que una habitacion de soltera tuviese cortinajes blancos. Dos transparentes de indiana, tan blancos como inevitables, remediaban un poco la crudeza de la claridad exterior y garantizaban la habitacion, por la noche, contra la curiosidad eventual de los vecinos de la casa de enfrente. Sobre el poyo interior de las ventanas, de dobles vidrieras, algunas plantas verdes dibujaban curvas caprichosas. Una mesa de lavabo, cubierta de muselina superpuesta sobre clásica indiana de color de rosa, sostenia un espejo ovalado bastante grande. Diferentes objetos de un neceser de tocador, de plata y cristal, de forma antigua, arrojaban algun

brillo en esta sala casi pobre. Dos pequeños lechos de hierro, sin jergones, con solo colchones delgados colocados sobre tablas puestas á lo largo, ocupaban las dos paredes principales; una mesa redonda de caoba, de estilo imperio, en medio de la habitacion, y algunas sillas revestidas de aquella tela de crin luciente y tiesa que fué, durante mucho tiempo, la desesperacion de nuestras madres, completaban el mobiliario.

Los ojos de Cleopatra, aún llenos de los esplendores del hotel Charamirof, se detuvieron con un disgusto completo sobre estos objetos tristes y desagradables; aquí era, no obstante, donde habia pasado tres años, pobre, desconocida, á pesar de su elegante belleza. Aquí era donde, acostada en su duro lecho, formado para quebrantar otro cuerpo que no fuera el de una rusa acostumbrada desde la infancia á esta rudeza higiénica, habia escuchado, por espacio de dos meses, en horas avanzadas de la noche, los sueños en alta voz de su hermana Irene, que no podia dormir desde que fué la prometida del más hermoso, del más rico, del más noble de los ayudantes de campo.

¡Cuánto habia oido sobre estos proyectos

del porvenir! Trajes, puntillas, alhajas, caballos, viajes al extranjero, viviendas suntuosas en los alrededores de San Petersburgo; todo lo que da el rango y la fortuna... y además las expansiones de una muchacha enamorada.

Cleopatra se sentó delante del espejo ovalado, después de haberse quitado su vestido de ceremonia, que arrojó sobre el lecho, desierto desde ahora, de la recién casada, y lenta, maquinalmente, se puso á soltar y peinar los cabellos.

Eran magníficos, largos, pesados, de un color rubio pardo, que recordaba el pelo de los leoncillos; por más que los separaba en porciones menudas para desenredarlos, se enmarañaba y atascaba el peine, velándola como un ligero vapor que envolviera toda su espléndida persona. Dos bujías iluminaban su rostro pensativo, que se miraba muy despacio en el espejo, levemente inclinado hácia atrás; el rostro aparecia luminoso en su blancura nacarada, que á veces se sonrosaba con el sonrojo que encendia en su frente algun ardoroso pensamiento... y mientras que toda la casa, toda la calle, toda la ciudad dor-

mia, bajo la nieve, Cleopatra resucitaba su pasado ántes de interrogar su porvenir.

Educada en San Petersburgo, en el Instituto de Santa Catalina, con las hijas de la aristocracia rusa más linajuda, la señorita Bakhtof se había distinguido por sus brillantes facultades, que le conquistaron las mejores notas en todos los exámenes.

No echaba en olvido que era pobre, si bien de muy pura nobleza, y esta nobleza, que no la resarciría de su pobreza en el mundo en que tenía que vivir, le daba en el Instituto un lugar entre las más brillantes de sus compañeras. El uniforme, igual para todas, no admitía otra distinción, que la de la belleza y en este terreno, Cleopatra sabía que no podía ser derrotada por nadie.

Fué un deslumbramiento el día en que se reanudaron las clases, cuando la señorita Bakhtof tuvo diecisiete años, en el momento en que la entrada del profesor fué la señal de la desaparición de las pelerinas de percal, que durante las horas de recreo completaban el traje de lana de las colegialas.

Los hombros y los brazos desnudos de Cleopatra aparecieron de repente en tal perfección de formas, tal brillo de epidermis,

que toda la clase se quedó sorprendida; hasta el profesor, aunque viejo y aunque acostumbrado á andar, hacia veinte años entre los hombros y los brazos de sus discípulas, no pudo ménos de notar que la señorita Bakhtof era una muy hermosa muchacha. Terminada la lección, la alumna fué el asunto de las conversaciones en los vastos corredores que sirven de paseos. Cuando habían llegado las vacaciones, Cleopatra, algo flacucha, no prometía nada de lo que acababa de verse. El encanto de su rostro, discutido aún durante algunos meses, recibió en seguida una clasificación definitiva, y el emperador, en una de sus visitas, habiéndose detenido para hablarla un instante, Cleopatra fué declarada «la beldad del Colegio».

¡Muy noble y muy bella! ¡La hubiera venido también alguna fortuna! Pero el general Bakhtof había devorado la suya propia en las mesas de juego; valiente hasta despreciar su vida—como lo había probado en Varna—jamás había tenido la menor noícion de ningun equilibrio; su cuñada, que le había querido como á un hermano verdadero, recogió sus dos hijas; la mayor fué educada en Petersburgo, la segunda en Kazán, una y

otra á expensas del Estado, y esto fué una dicha, porque las dos juntas apenas tenían tres mil francos de renta.

Mil quinientos francos de renta no constituyen un porvenir en una sociedad brillante y pródiga; Cleopatra no dudó un instante de que, seis meses despues de su aparicion en el mundo, tan mísero pedazo de pan no fuese reemplazado por la brillante fortuna que le trajera un marido.

Pasaron los seis meses, luego un año, despues dos. Nadie se fijaba en la jóven. Su belleza, tan renombrada en el colegio, no producía efecto en el mundo, los vestidos, ya de color rosa, ya azules, que la ponía su tia, no convenian á su rostro. El brillo de su tez se amortiguaba entre las muselinas blancas, el peinado de moda no la sentaba bien. Cleopatra comprendía todo esto y se llenaba de despecho ante su espejo; ¿pero, qué remedio?

Irene salió al fin del Instituto de Kazán y vino á Petersburgo á ocupar un sitio en el gran banquete de las señoritas hambrientas de matrimonio. Irene era absolutamente el polo opuesto de su hermana, á la cual se parecía, no obstante, como una muñeca se parece á

una estatua. Endeble, menuda, de facciones pequeñas, de brazos delgados, de ojos risueños, hizo casi de repente la conquista de Charamirof, que era hombre que contaba cerca de seis piés de altura. Despues de su primera entrevista, si se lo hubieran permitido, se la hubiera llevado sentada en la palma de la mano. Tia Bakhtof exigió la ceremonia preliminar del matrimonio, y el enamorado Charamirof dió su consentimiento á todo lo que se quiso, con tal que se concluyera pronto. Hasta obtuvo, como habia dicho una de sus mejores amigas, que su futura cuñada fuese nombrada señorita de honor de la emperatriz, cosa que hizo gritar á todos, á unos de satisfaccion, á otros de rabia.

En la salida de corte del dia de Navidad fué donde la señorita Bakhtof se reveló al universo tal y lo que era realmente; la mujer más hermosa que hubiese aquel año en Rusia. Cuando la vieron aparecer en su traje de terciopelo rojo bordado de oro con el tradicional *Kakochnik* sobre sus cabellos peinados en forma de corona, fué fuerza reconocer que las señoritas del Instituto habian tenido razon en encomiar la belleza de su

compañera; lo que convenia á esta altiva estatua era, no los trapos vaporosos de las muchachas, sino las pesadas y sombrías telas de las soberanas.

A Charamirof debía Cleopatra aquella situacion nueva que la colcaba sobre un pedestal, donde desde ahora estaria expuesta á la admiracion de todos. El corazon de la jóven tributaba cierta gratitud á Charamirof; pero ahora, cuando arrojó para atrás las dos trenzas de sus cabellos, dispuestos para el sueño, pensó, con sonrisa irónica, que despues de todo no tenia mucho que agradecersele á su cuñado; no era por ella por quien lo habia hecho, y á estas horas, ¿no estaba él suficientemente pagado, puesto que ya poseia la mujer con tanto ardor deseada?

Ningun sonrejo tiñó las mejillas de Cleopatra al pensar en los nuevos esposos; habia leído todos los libros prohibidos, y no bajaba la vista delante de ningun cuadro; pero no sentia hácia estas cosas, ni atractivo, ni repugnancia; á lo más las consideraba como un medio... un medio, en efecto, puesto que esta debilidad de la carne la habia llevado á ser señorita de honor, y á su hermana princesa de Charamirof.

— Cuando yo me case. — pensó.

Apoyó los codos sobre el pico de la mesa de lavabo y se miró en los ojos para leer en lo más profundo de su alma.

— Cuando yo me case. — continuó su pensamiento, terriblemente inclinado hácia este punto aun oscuro—no haré como mi hermana, que se casó porque estaba enamorada de un hombre guapo, y porque iba á tener trapos y joyas. Yo no me enamoraré; es una debilidad que estorba. y que impide que se vea claro. Yo me casaré para ser algo, para tener una posicion. para desempeñar un papel en la sociedad. ¡Princesa! ¡valiente cosa es un título! ¡Rica? . . . ya es algo, pero no basta. Lo que hay que tener es una posicion superior, que nadie pueda quitaros, algo que quede despues de que se haya perdido la belleza. Aún se puede ser algo más que princesa. . . .

El pudor, encendiéndole el rostro, le prestó durante un segundo, un esplendor extraordinario. Fijó entonces su mirada con más atencion sobre su rostro.

— Más que princesa. . . . Hay mujeres que suben más arriba, tan arriba que ya no pue-

den bajar, ni en la vida, ni en la eternidad. . . . Tienen un puesto en la historia.

Cleopatra no se atrevió á terminar su pensamiento. Por muy audaz que fuese, comprendió que ciertos sueños tocan en los límites de la locura. Se desnudó rápidamente, se echó en su lecho y se durmió, como duermen los guerreros la víspera de una batalla.

En general, cuando una mujer está en posesion de su belleza, reconocida por todos, un escuadron de admiradores se agrupa á su derecha, otro de enemigos se sitúa á su izquierda, y ámbos partidos no cesan de hacer escaramuzas á expensas de la hermosa mujer. No sucedia esto con Cleopatra; habia conquistado una situacion extraordinaria, que era imposible negársela, imposible—á lo ménos por ahora—disputársela. Quedaba,

pues, á los espíritus inquietos el sólo recurso de alistarse en la bandera de la bella del día, cosa que no dejaron de hacer.

El príncipe y la princesa Charamirof pasaban la luna de miel en sus tierras. Cleopatra sólo llamó la atención durante el carnaval de aquel año, que fué muy brillante. Era muy bien recibida en la corte, cuando la reclamaba su servicio; pero no podía decirse que la emperatriz la distinguía particularmente. Afable y correcta, la soberana no daba testimonio, á la nueva señorita de honor, de aquellas bondades, ya de ademan, ya de palabras, que indican un favor especial. Evidentemente Cleopatra ocupaba muy bien su puesto, como un prototipo de belleza deslumbradora, pero nadie creía que estuviese tan solamente provista de dones intelectuales.

No era uno de esos solapados mosquitos que saben meterse allí donde nadie los llama. Sus maneras simples y dignas habían tranquilizado, desde luego á aquellas compañeras, que hubieran podido temer el que se captara los favores de los augustos amos. Al cabo de muy corto tiempo, fué declarada tonta; tan tonta como bonita, decía un anti-

guo visitante de palacio, que desde hacia 30 años, venia clasificando á todas las damas de la corte con una nomenclatura que en seguida era adoptada en todas partes. Con la galantería anticuada, que se había coservado allí, la apodó "la bella indiferente," y le quedó puesto el nombre.

Un hombre, sin embargo, no se había equivocado respecto á lo que era Cleopatra. Era el tal un oficial de guardias, tan feo como espiritual, cuya espartosa malicia no respetaba nada ni á nadie, y á quien sus frases, á veces sobrado escandalosas, le habían, en diferentes ocasiones, proscrito de la corte. Pero siempre era llamado al cabo de algunas semanas, porque se morían de fastidio cuando él no se hallaba presente.

Juan Kamoutzine fué uno de los primeros que fueron sorprendidos por la fisonomía grave y notable de la señorita Bakhtof; en diferentes ocasiones, en la sociedad donde se encontraba á menudo, había hablado con ella, y se había convencido que el tribunal del Instituto de Santa Catalina, no se había equivocado al conferirla el puesto de honor. El propio era hombre raro, mucho más instruido que la mayoría de las gentes:

de su clase, donde un barniz brillante hace las veces de una educacion real. Habia hecho estudios especialmente fuertes, y tenia una firmemente trazada, jóven aún fué un notable ministro de la Guerra. Pero su gusto irresistible por las farsas, su temible habilidad en el arte de las mistificaciones, le cerraron pronto todo porvenir de hombre serio. Todo lo habia sacrificado al placer de hacer víctimas grotescas, y por más que hiciese, quedaría desde ahora toda su vida unido á la corte como una especie de bufón.

Una fortuna importante, sabiamente administrada, le hubiese quizás creado, á pesar de todo, una situacion independiente: Kamoutzine, era casi pobre, y contraía deudas á todas las horas del dia. De vez en cuando; siempre que la suma de estas deudas llegaba á ser sobrado exorbitante, iba á confesar sus apuros al gran duque Boris, que sentía por él una indulgencia verdaderamente paternal; entonces recibía un sermón, y un vale contra la caja del gran duque. A veces estaba desterrado ocho dias; pero esto era consecuencia de la reprimenda, y Kamoutzine decia que habia estado cumpliendo la penitencia.

Fué este hombre extraño, á quien su familia natural hacia particularmente perspicaz, el único de toda la corte que comprendió qué personalidad inteligente se ocultaba detrás de la frialdad marmórea de la bella Cleopatra. Una admiracion furiosa surgió de súbito en su corazon como un cohete.

—¡Qué mujer! decía, ¡qué cosas se podrian hacer de ella!

La ofreció sus homenajes; primero, cubiertos con sus bromas habituales; luego, con más insistencia; pero acostumbrado á toda clase de mistificaciones, la opinion pública habia enseñado á Cleopatra á desconfiar de las palabras del jóven. Comprendió él entonces que un lenguaje absolutamente claro le era necesario si queria ser comprendido; y resolvió hablar de modo que se cortara toda retirada.

Era, de su parte, un sacrificio heroico, porque este hombre, que pasaba la vida ridiculizando á los demás, tenia un miedo horrible al ridículo: pero la admiracion que experimentaba por la jóven señorita de honor, no le permitía obrar de otro modo. Admiracion es el nombre exacto del sentimiento que le agitaba, y en el cual habia mucha más admi-

ración quizás que ternura. Le parecía superior á todas las otras mujeres y por eso deseaba que le perteneciera. Un resto de prudencia le aconsejaba no obstante escoger un momento tal, que pudiese, en caso de derrota, atrincherarse detrás del pretexto de alguna farsa algo fuerte, y juró que durante el Carnaval haría su declaración.

Desde la fundación del Instituto de Santa Catalina, era costumbre que, durante la semana de Carnaval, los carruajes de la corte fueran en largas filas con las pensionistas y las pasearan en medio de la fiesta popular que se celebraba entonces en la plaza situada entre los edificios del Santo Sínodo, la iglesia de Isaac, no acabada en esta época, el Almirantazgo y el Palacio de Invierno. Este espacio considerable, cortado ahora por jardinillos abiertos al público, se extendía en una longitud de cerca de mil ochocientos metros y en una latitud algo más variable. Allí se construían, desde el mes de Enero, teatros-pantomimas, circos, montañas rusas, mil diversiones diversas, designadas colectivamente con el nombre de *halaganas*, adonde no se desdenaba de asistir la más alta nobleza; unos, so pretexto de divertir á sus

hijos, otros, más francos, para divertirse ellos mismos. Las carrozas de la corte, tiradas de cuatro caballos, servidas por un cochero y dos lacayos con la librea imperial, roja con galones de oro y águilas negras, daban repetidas veces y al paso la vuelta á estas construcciones; cinco ó seis señoritas y una de las profesoras ocupaban cada carruaje, cuyas portezuelas eran muy solicitadas, porque las personas conocidas podían ir á saludar allí á las jóvenes del desfile. Más de una novela se bosquejaba de este modo, mientras que el pueblo sencillo formaba filas, abriendo tanto ojo como en otras épocas los aldeanos al paso de las carrozas del rey.

Las señoritas de honor tomaban así parte en este inocente placer, y los carruajes les eran concedidos por turno; pero Cleopatra había encontrado como más distinguido obtener el permiso de acompañar á su antigua profesora, que seguía en el instituto, hasta terminar sus años de servicio, y obtener en seguida su retiro. La joven no pedía nunca nada. No habían pedido rehusarle este pequeño favor, y descontentando á todas las jóvenes, se había instalado en una de las carrozas. Esta calaverada le divirtió extraordinaria-

mente; y así como había deseado antes salir de lo que llamaba su jaula, así ahora se complacía en encontrarse como en la época en que, cuatro años atrás, había llegado al colegio como alumna. . . . Charlaba y reía, cosa que no siempre le sucedía, y sus compañeras de aventura, seducidas por su gracia, estaban con la boca abierta delante de la señorita de honor, tan alegre y tan bonachona.

Una pausa se hizo en el desfile; y el carruaje permaneció estacionario durante algunos minutos. Kamoutzine, á caballo, detrás de otros veinte oficiales jóvenes, pasaba revista á la multitud de coches de toda especie, y no economizaba sus cuchufletas, dirigidas á los que los ocupaban, ya fueran hombres, ya fueran mujeres, sus miradas se detuvieron sobre el rostro de Cleopatra, que asomada á la portezuela, examinaba también á los paseantes.

— ¡La señorita Bakhtof, la bella indiferentel dijo á media voz. Creo que se está riendo. ¡ Cosa más rara!

Una idea fantástica, irrealizable se le ocurrió; lanzando su caballo con destreza, á pesar de las protestas de la gente, á despecho de los gritos de los agentes de policía, en-

cargados de cuidar del mantenimiento del orden, llegó cerca de la carroza y se inclinó ante la señora profesora, á quien conocía algo.

— ¡Sigue usted bien, señorita? le dijo cortesmente. Me admiro de hallarla en este jaleo. Pero ahora que caigo en ello, ¿no es esta nuestra linda señorita de honor? Buenos días, camarada. . . . perdon, quise decir, señorita; deposito á sus piés mi homenaje más respetuoso. ¡Ha vuelto usted al Instituto?

— Ya lo ve usted, respondió ella riendo. Todo la divertía aquel día.

— Apuesto á que jamás ha visto usted el interior de uno de esos teatrillos.

— Lo confieso, dijo Cleopatra.

— Pues es muy singular. Podríamos ir.

— ¡Jesus! ¡Qué idea!

— Pues, sí. ¿Quiere usted que sea mañana con su tía Bakhtof? Harémos todos juntos una excursión; hay una docena de damas que se mueren por ir. ¡Vaya! ¿Está usted conforme? Pasaré por su casa esta noche después de comer, para que señalemos hora.

La carroza se puso en marcha; el caballo

de Kamoutzine cejó, y Cleopatra apenas tuvo tiempo para hacer una seña que el joven oficial interpretó como un consentimiento.

—¡Qué aplomo! pensó ella. Y así se consigue todo. Esto es lo que hay que hacer, si se quiere obtener todo lo que se desea. Haciendo imposible la negativa....

Por la noche, á las ocho, entonces comian las familias más aristocráticas á las cinco, Kamoutzine se presentó en casa de la señora Bakhtof.

—Mi tia se está vistiendo para salir, dijo Cleopatra al visitante.

—Pues bien, señorita; está convenido que sea mañana, dijo él sentándose.

De ninguna manera, caballero. Ni mi tia ni yo deseamos formar parte en esa excursión.

Kamoutzine enarcó las cejas, con aire extremadamente admirado.

—Ya se lo hubiera dicho antes si me hubiera dado tiempo, continuó Cleopatra con una malicia grave, que no aflojó ninguno de los músculos de su rostro.

—No siento, sin embargo, haber venido, dijo el joven oficial inclinándose, el honor de

ser admitido en su casa, me recompensa ampliamente....

—Del trabajo que se ha tomado, concluyó Cleopatra siempre impasible.

—Señorita, señorita, le ruego que me escuche sin burlarse. Es usted la mujer más hermosa de San Petersburgo, y yo el más feo de los oficiales de la guardia.

—¡Oh, no! interrumpió Cleopatra, Razoumof es más feo que usted.

—¿Lo cree usted así? No lo sabia.

—Le doy las gracias, repuso Kamoutzine con la misma cortesía. En fin, entre usted, que es Venus, y yo, que podria ser Vulcano, hay un abismo; pero la mitología nos enseña que este abismo fué asaltado.... Aunque mi comparacion.... En fin.....

—Dí-pénseme que no sepa la mitología, interrumpió la joven.

—Es usted adorable, exclamó Kamoutzine entusiasmado. No soy sino un bruto á su lado. Pero oigame; si usted permite, reproduzamos aquella vieja historia de *la Bella y la Bestia*; mi amor me dará todas las facultades que me faltan si usted quiere aceptar mi mano.....

Cleopatra experimentó una emocion pro-

funda. ¿Era verdad que deseaba casarse? Había ya pasado de los veintiun años, y por primera vez en su vida un hombre la solicitaba por esposa. Concibió por este jóven cierta gratitud.

—No tengo fortuna, continuó Kamoutzine, usted tampoco la tiene; pero si su belleza la hace indispensable en la corte, mi. ¿cómo diré? mi labia hace de mí un personaje, de que tampoco se pueden pasar allá. Usted y yo, ya ve, ¡seríamos tan poderosos juntos. . . . coligado! ¿Qué dice usted? ¿No podríamos los dos, realizar cosas extrao- dinarias? Yo, por amor á usted, me siento con fuerzas para ello.

—¡Es singular! pensó Cleopatra, ya no me parece tan feo ahora. ¿Es cierto que el amor transfigura á los que inspira?

Ella le miraba con tal atencion que él se creyó aceptado.

—¿Consiente usted, no es eso? continuó el jóven más animado. ¡Removerémos el mundo! ¡Los viejos visitantes del palacio verán cosas nuevas! Tienen necesidad de que se les rejüvenezca, y en el fondo, usted sabe, no desean otra cosa que divertirse. Les vamos á abrir tanto ojo! Porque usted es muy fuerte

¿usted sabe? No es solo porque es usted bella como el dia, sino tambien porque tiene una energía prodigiosa, de la que estoy entusiasmado.

—¿Ha adivinado usted eso? dijo Cleopatra con una sonrisa orgullosa. Los demás me consideran idiota.

—Tanto peor para ellos, repuso vivamente Kamoutzine; ya verán lo que les costará el no haber sabido comprenderla. Con que, me dice usted que sí?

—Digo que no, dijo la jóven alzando sobre él sus ojos magníficos, donde brillaba la fria mirada de una decision absoluta.

—¡Cómo que no! balbuceó Kamoutzine, detenido de pronto en la exhuberancia de su alegría.

—No y no. Compréndame usted, caballero: si yo le doy esta respuesta, no es porque es usted feo y pobre, como acaba usted de manifestar; es porque es usted una potencia; usted quiere reconccer que yo sey otra, y creo que cada uno de los dos será más fuerte aisladamente.

El la miró estupefacto. Cierta que la había creído por cima de lo vulgar, pero no hasta ese grado.

La jóven se levantó y se irguió imperceptiblemente, desarrollando su gracia soberana y su belleza sin igual.

—Le estorbaría y me estorbaría sin duda. ¡Oh! no se engañe, añadió, notando un gesto inmediatamente retenido por su adorador; yo no liegaré sino por medios honrados; la menor falta, ¿qué digo? una torpeza, me haría perder todas mis ventajas. Viviré señor Kamoutzine, por cima de toda sospecha, hasta el día en que el matrimonio que yo merezco me pondrá en el lugar que debo ocupar; en seguida seré una mujer irreprochable.

Kamoutzine, desconcertado un momento, tuvo tiempo de recobrar su equilibrio.

—Es usted muy fuerte, le dijo con un respeto no excento de burla; ¿pero la debilidad humana no tiene relacion con usted?

—Sí, pero me sirve á maravilla.

—La de los demás sí, pero ¿y la suya?

—Ella sonrió y pasó sobre el brazo del jóven oficial sus dedos blancos y suaves.

—Yo, dijo, no estoy hecha para amar.

El tomó aquella mano que venia á su encuentro, y se sorprendió de sentirla tan tranquila, tan impasible. Despues de haberla besado, la dejó caer.

—Se puede usted equivocar, dijo el oficial, creo que se ama siempre, más ó menos. Pero la cuestion no es esa. Usted se hará amar sin que usted ame; está eso muy bien imaginado, y en efecto, eso ha sucedido conmigo....

—Usted no me ama, dijo tranquilamente Cleopatra.

—¿Cómo, que yo no la amo?

—No, le gusto simplemente.

El se echó á reir, aunque con alguna amargura.

—En el fondo es posible que tenga usted razon, y he aquí lo que salva mi amor propio.

—Y despues, note usted que yo no he procurado que usted me ame. No soy coqueta.

—No, es verdad, pero es usted cien veces peor.

La jóven siguió sonriendo con su sonrisa altiva, que la volvía tan irritante.

—Veamos, dijo ella, no perdamos el tiempo en discreteos. No seré su mujer, pero puedo ser su amiga, una amiga segura, siempre muy resignada, que le podrá ser útil más de una vez. Usted es el enemigo más peligroso que se pueda tener aquí; ríndame las

armas, sea para mí un amigo fiel, y le juro no olvidarlo.

—Ya se cree en la cumbre, pensó Kamoutzine. ¿Tendrá acaso algunos proyectos?... ¡Bah! ya lo sabré. Acepto, dijo en alta voz, pero no me haga traiciones.

—Le doy mi palabra, como si fuera un hombre, respondió ella tendiéndole la mano.

El estrechó esta mano, fluida, por decirlo así, y la sintió firme, robusta, casi viril.

—Amigos, pues, concluyó el oficial, pero he hecho la tontería de amarlo un poco.

—Continúe, dijo la joven con otra clase de sonrisa, con una sonrisa de sirena, alentadora, atrayente, más allá de toda descripción.

—¡Ah! mujer, mujer, exclamó él no pudiendo contener la risa. Y dice usted que no es coqueta!

Ella sonrió en su interior, esta vez como para sí misma.

—Está dicho, no iremos mañana a los teatrillos.

—Como guste, señorita.

La saludó con la más perfecta cortesía y se retiró.

—Tiene, por Dios, razón, dijo él en su

adentros, haciendo sonar sus espuelas sobre el pavimento de la Pequeña Morskaia; no la amo ni siquiera una pizca. Me deslumbró y en verdad que no había soñado con encontrar estas tenacillas de acero bajo la envoltura exquisita de su piel satinada.... ¡Vaya! me hace estremecer, ahora que pienso en ello... Es igual, no habiéramos hecho malas cosas juntos.... Pero ella sola es capaz de hacer mucho más... A pesar de todo, la vigilaré... En el fondo, allá muy adentro, no tengo absoluta confianza en ella....

Siguió el curso de las meditaciones en el teatro Mignel, donde la compañía francesa daba aquella noche un drama de d'Ennery y un sainete del Palais Royal. Llegado tarde para el sainete, siguió el drama con interés, preguntándose durante este tiempo, por qué, en los dramas, no se dá siempre el papel de traidor á las mujeres.

—¡Son más malvadas que nosotros! decía entre sí, mientras que su espíritu vagaba lejos de la escena.